

## Estudié Historia...

*Jorge Uriel Rodríguez Castro*

Estudio Letras para escribir, estudio Letras porque sé escribir, constantemente pienso en que no soy un pintor para capturar el paisaje, un fotógrafo para capturar el momento, pero sí sé escribir, escribo para capturar ese momento, para explicar lo que hay detrás, los pensamientos, los recuerdos, las palabras, para mantenerlo presente, para hacer sentido de él; escribir es mi manera de expresarme, de «lidiar con ello».

Previo a comenzar en Letras estudié Historia por cuatro semestres, estudié un semestre por gusto y tres por obligación, no a otros, a mí mismo, a una idea que tenía de cómo hacer las cosas, de a dónde quería ir, una que no era nada concreto, eran palabras, eran imágenes de lo que la vida podía ser. Podía ser un maestro en una buena escuela, escribir en mi tiempo libre (escribir era parte de la imagen pero no el centro), hacer una maestría en Historia; todo eso era un concepto, que en su traducción a la realidad, a la práctica, perdió el atractivo, esas imágenes, una por una perdió el esplendor. La primera fue la educación, la «ilusión» de ser maestro. Entre segundo y tercer semestre en Historia tomé una clase de verano, Estrategias Didácticas, en donde aprendí sobretodo que no quería enseñar, que no tenía la paciencia, no tenía las habilidades, no tenía el carácter para ser la clase de maestro que se esperaba de mí, que en retrospectiva no podía ser el maestro que la docente que impartía la clase buscaba, quizá sí puedo ser maestro, así como quizá podría haber sido historiador, simplemente de no el ideal pero maestro al fin y al cabo. En su momento no lo veía así, fue mi primer encuentro con esa frustración, con sentirme inadecuado, «incapaz»; la frustración poco a poco fue asomándose en diferentes aspectos de mi vida, permeando mi concepción de mis habilidades, del mundo a mi alrededor.

Mi ejemplo más claro de la frustración mencionada es en la investigación, no porque no pudiera hacer una investigación histórica (de hecho diría que cualquiera puede si es lo suficientemente determinado y está dispuesto a ignorar el aburrimiento y tedio que estas conllevan), no era el poder en sí, más bien era el hacer de la investigación algo de interés para mí. La investigación histórica se basa en los hechos, en lo evidente, y si bien lo evidente puede ser de interés, hay algo para mí aún más curioso, detrás de cada hecho está «la perspectiva», lo que hacemos de los hechos, qué significa lo que acabamos de ver, no para el mundo, para mí. Me interesa la perspectiva singular, y eso es lo que hay que evitar, el atrevernos a opinar, es obvio porque se tiene que hacer como historiador, es una práctica fundamental, una que

sentía la compulsión de llevar a cabo a tal grado que prefería permanecer en silencio antes que ofrecer mi interpretación de los hechos. Para mí el cometer un error, el ofrecer una interpretación subjetiva me parecía una falla ética, y entonces el investigar, el escribir una investigación se convirtió en permanecer en silencio de cierta manera, algo que no me es natural. Recuerdo una ocasión específica. Tenía que, como parte de un análisis arquitectónico, ofrecer mi opinión de un edificio, la iglesia de Fátima (que ahora describiría como: «linda hasta que entras y entonces se convierte en una iglesia protestante con una total falta de sustancia»), y fui incapaz de criticarla, tuve que rehacer mi trabajo por «falta de una opinión», jamás se me había acusado de no tener una opinión. El silencio causaba un estado constante de frustración, uno que no es fácil de compartir, uno que sentía que nadie quería escuchar.

El silencio es aislamiento. Para mis amigos mis frustraciones eran «el pan de cada día», a veces una molestia, pero siempre algo con lo que se podía vivir, «pues así son las cosas, amigo». Entonces mis conflictos parecían no tener coherencia, algún tipo de respaldo; y entonces ponía incómodos a los demás, muchas veces las conversaciones se volvían cortas, se desviaban por mi necesidad de hablar de la frustración, y así generaba más, no me quería conformar al estado de las cosas, quería hablar y al no poder, volvía al silencio. Durante mi segundo (y último) Encuentro de Estudiantes de Historia, perdí la capacidad de expresarme con claridad, veía las ponencias pasar y no podía conectar las palabras de lo que escuchaba, se atrofió mi habilidad para conectar con mis amigos, «pues así son las cosas, amigo», caminábamos por las sedes y vivía en automático cómo subíamos a los coches y bajamos de las rutas, viendo obras de teatro y las casas color turquesa a través del cañón, tomando las manos de extraños saliendo de una fiesta, besando a alguien que solía conocer cuando se acercó a «saludarme bien»; no bebí, comí poco, solo veía. En aras de seguir «viendo» salí el último día, me senté tres horas en una cafetería, dos horas en un bazar, y unos minutos a mitad de la calle a escuchar

un hombre tocar música con copas de agua, «solo toco octavas, no tiene ciencia», me dijo. No pensé en mis amigos, en los talleres que tomé, las conferencias que escuché, solo en cosas simples como las nubes tornándose color rosado en la Plaza de La Paz, el café (y mi disgusto por él), en las mujeres viendo la ropa en el bazar y hablando del hombre sentado en un sofá; estaba libre de historia, libre del aislamiento, del silencio.

Acabado el encuentro regresamos, mis amigos y yo nos distanciamos, sin motivo aparente, sin explicaciones concretas, fue al instante y ya no tenía nada que perder, entonces me fui, nunca me despedí, nunca les di gracias por nada, sigo sin entender nuestros motivos. Ya no los siento aquí, ya nadie me espera en la puerta, nadie pregunta por mi día en la cama, nadie me lleva de fiesta, nadie me trae a casa y me dice «nadie te está pidiendo nada», nadie recuerda los chistes; se deshacen las costumbres y los días pasan.

Ahora todo el pasado, el verano previo a Letras, son montones de palabras e imágenes, «metal que resuena, címbalo que retiñe». En algún momento eso era lo que esperaba del mundo pero eso cambia, ahora veo las cosas de manera diferente, no estoy más o menos seguro de estar en el lugar correcto pero me siento tranquilo en mis decisiones, tengo un sentido de movimiento o quizá la esperanza de ello. Todos los días veo el sol ponerse detrás de la unidad, la luz disiparse entre los árboles y la celosía, es octubre ya, hace mucho del verano, hace más de ese verano, de esas ideas, todo se disipa.